



# INCISO Y CONTANTE

ROBERTO CARRO FERNÁNDEZ  
rocafe59@hotmail.com

## UNA MIRADA, UNA VIDA (II)

En el número anterior hacíamos una aproximación a cómo se había conseguido la identificación de aquella mujer cuya mirada –de la que se hizo un importante eco la revista *National Geographic*– cautivó a medio mundo. Recordemos que era Sharbat Gula, *la mujer afgana*.

Al mismo tiempo poníamos de manifiesto cómo la belleza de un iris color verde esperanza, lo cautivador de una mirada herida con leves reflejos de ilusión y pretensiones de vivir en libertad y dignamente, escapaba a la realidad que le había tocado vivir.

Tiempo después, la pretensión del fotoperiodista estadounidense Steve McCurry fue realizarle una segunda fotografía después de aquella primera que la inmortalizó allá por el año 1984. Cuando consiguió localizarla de nuevo –corría el año 2002– vio que los destellos de ilusión y el verde esperanza se habían marchitado por el paso del tiempo y la tragedia que traía aparejada una vida azarosa. Para conseguir su identificación recurrió a la utilización de la biometría del iris y a la tecnología de identificación facial.

Tratemos someramente cómo es la técnica de reconocimiento facial, para lo cual es necesario explicar que hasta bien entrados los años sesenta del siglo pasado, los métodos que se venían utilizando se basaban en mayor o menor medida en

la antropometría enunciada por Bertillon. La distancia entre los ojos, la simetría o la diferente anchura de determinadas partes del óvalo facial, entre otras medidas – aunque generosas – carecían de fiabilidad por el simple hecho de que estaban sujetas a la interpretación subjetiva que de ellas podían hacer los distintos investigadores; casi siempre medidas y anotaciones tomadas manualmente o valiéndose de algún instrumento que, por lo general, careciendo de un criterio unificado, se podían calificar como poco precisas.

Por abundar más en los inconvenientes de la identificación facial, podemos añadir, por ejemplo, que la utilización de ciertos marcadores faciales están sujetos al progresivo envejecimiento, lo que supone una barrera difícilmente superable. Evidentemente la técnica ha evolucionado pero no aún lo suficiente para considerarla una de las más punteras; así que, por aquello que se suele decir en el ámbito de la investigación delictiva, *de que hay algo peor que dejar libre a un culpable, y es el castigar a un inocente*, esta técnica evolucionada notablemente –pero no lo suficiente– tiene que ser utilizada, para que tenga un valor probatorio aceptable, en combinación con otras especialidades forenses más desarrolladas y de reconocida validez como, por ejemplo, la dactiloscopia o el ADN; o, para el caso que nos ocupa, la combinación con la biometría del iris.

Y es que, indefectiblemente, una lleva a la otra. Veamos pues que, para una y otra cosa, todo radica en la aplicación de algoritmos matemáticos.

En general, el proceso de identificación biométrico se estructura de la siguiente forma: primero se hace una detección de

**“Los dibujos del iris son únicos en cada persona, incluso entre gemelos univitelinos o entre los dos ojos de una misma persona.”**

la imagen para la captura de datos; luego se preparan estos últimos sobre la base de una serie de alineaciones que se normalizan conforme a un patrón geométrico establecido; una vez procesada la imagen (extracción del algoritmo), se carga en el sistema para hacer todas las comprobaciones precisas contra la base de datos. Esto lo podemos hacer con los marcadores faciales pero también con el iris.

Es obvio, pues, que la dificultad radica en capturar patrones en movimiento, no tanto faciales pero sí del iris. Evidentemente no es el caso de nuestra protagonista, ya que, según decíamos en el artículo anterior, la suya fue una autenticación más que una identificación. A cualquiera se le ocurriría pensar que estarse quieto y mostrar un mínimo de voluntad, es una de las condiciones que requiere una buena toma de parámetros.

Hay una serie de curiosidades con respecto a la identificación biométrica a partir del iris, y es que, así como en dactiloscopia contamos aproximadamente con unas 120 minucias (antiguos puntos característicos o morfologías distintas de las crestas), en el iris podemos encontrar hasta 400 puntos de referencia; la captura de datos se hace de forma no invasiva, al ser visible desde el exterior gracias a la transparencia de la córnea; estabilidad frente a cambios originados por accidentes, debido a la protección que le confiere la córnea; el intento de falsificar el iris de una persona conllevaría operaciones quirúrgicas que podrían dañar muy seriamente la visión.

Los dibujos del iris son únicos en cada persona, incluso entre gemelos univitelinos o entre los dos ojos de una misma

persona. Ya que estamos abordando el iris, diremos que también la retina, como sistema de reconocimiento a partir de las venas que hay en el fondo del ojo, a la cual se llega proyectando una luz infrarroja a través del iris, es muy preciso, sólo que se considera intrusivo.

Finalmente, cabe destacar que en biometría se utilizan otras técnicas que toman como base las características fisiológicas. A las que ya hemos visto hay que sumar los dibujos digitales, los mapas de las venas de las manos y el ADN. También aquellas otras técnicas que utilizan como base las características del comportamiento, tal es el caso de la firma y la voz.

Con todo esto, cabe preguntarse si llegará el día en el que analizando patrones del iris, de venas, de dibujos digitales, de firma o voz, se podrá conseguir, aparte de la identificación o la autenticación, los registros fatídicos y también los más laudables de nuestro acontecer; esa especie de hoja de ruta que graba, como fósiles, nuestro paso efímero por esta vida. *A la mujer afgana ya se le adivinaban.* ■

